La historia de los 3 cerditos

Presentada por

Enfagrow PREMIUM PROMENTAL

Había una vez tres cerditos que vivían con su mamá en una casa cerca del bosque. Cuando los cerditos crecieron, su mamá les dijo que era hora de que se independizaran y tuvieran su propio hogar.

Te vamos a extrañar, mamá, pero al menos nos tenemos los unos a los otros dijeron los cerditos y se pusieron en marcha con una carretilla para buscar un lugar en el que pudieran construir sus propias casas.
Mientras avanzaban, se cruzaron con un hombre que llevaba una paca de paja.

El primer cerdito le dijo:
Disculpe, me he dado cuenta de lo bonita y ligera que parece esa paja. Estoy construyendo una casa y no quisiera tardarme mucho en hacerla. Me preguntaba si podría darme una poca.

Por supuesto dijo el hombre, entregando una parte al primer cerdito.

El feliz cerdito le dio al hombre uno de sus sándwiches de queso como agradecimiento.

Un poco más adelante, el segundo cerdito vio a una mujer que tiraba de una carreta llena de palos de madera. El cerdito pensó en lo fácil y rápido que sería construir una casa con esos palos.

Perdone, pero sus palos parecen bonitos y ligeros de transportar. Estoy construyendo una casa y quisiera hacerlo rápidamente. ¿Me podría dar algunos por favor?

Por supuesto dijo la mujer, entregando la mitad de sus palos y colocándolos en la carretilla de los cerditos junto a la paja.

El cerdito agradeció a la amable mujer con una de sus papas fritas, alcanzó a sus hermanos y siguieron caminando. El tercer cerdito, que era inteligente y tenía buenas ideas, buscaba algunos ladrillos. Había decidido que quería construir una casa que durara para siempre, algo fuerte y resistente.

Pronto encontró a un hombre que vendía ladrillos, y buscando en su bolsa sacó el dinero que había ahorrado y compró suficientes ladrillos para construir su casa. Tuvo que hacer varios viajes de ida y vuelta con la carretilla para llevar los ladrillos al claro que sus hermanos habían elegido para construir sus casas.

Estaba cansado, pero contento porque con los ladrillos haría una verdadera casa. Cuando empezó a construir, sus hermanos ya habían terminado las suyas: la primera era de paja y la segunda de palos.

Perezosos como eran, el primer y el segundo cerdito tomaron un gran refrigerio y se quedaron mirando las casas que habían construido. No se habían esforzado mucho ni habían pensado en nada, pero estaban bastante contentos.
Servirán dijeron antes de jugar en el pasto y observar a su hermano trabajar duro para construir su casa de ladrillos.

Una noche, un lobo hambriento salió del bosque y vio las tres casas. Se dirigió a la casa del primer cerdito, construida con paja y golpeó la puerta con sus grandes nudillos peludos.

¡Cerdito, cerdito, abre la puerta y déjame entrar! dijo el lobo.

El cerdito estaba aterrado, pero utilizó su voz más grave y adulta para responder: ¡No, Lobo Feroz! Ni por todo el oro del mundo te dejo pasar.

El lobo estaba furioso por haber sido rechazado.
Entonces soplaré y soplaré y derribaré tu casa dijo, inhalando profundamente y luego exhalando un soplo tan poderoso como una ráfaga de viento.

La casa se derrumbó inmediatamente, y el cerdito que estaba dentro se quedó parado en medio de la paja, con sus patitas rosas temblando. Corrió hacia la casa del segundo cerdito y entró en ella para refugiarse.

A la noche siguiente, el lobo regresó aún más hambriento, y llamó a la puerta de la casa hecha de palos del segundo cerdito. Al no obtener respuesta, el lobo miró por la ventana y vio a dos cerditos que se asomaban.

¡Cerditos, cerditos, abran la puerta y déjenme entrar! dijo el lobo, golpeando una vez más la puerta con una de sus grandes patas peludas.

Los cerditos estaban aterrorizados, porque habían visto lo que el lobo le había hecho a la casa de paja. Pero, para tratar de ocultar su miedo, el segundo cerdito respondió con su voz más grave y adulta:

¡No, Lobo Feroz! Ni por todo el oro del mundo te dejo pasar.

¿Estás seguro, cerdito?

Completamente.

Muy bien, entonces soplaré y soplaré y derribaré tu casa y con eso, el lobo inhaló profundamente y sopló con todas sus fuerzas. No se tuvo que esforzar mucho para que la casa de palos se derrumbara.

Ambos cerditos se quedaron parados durante un segundo, con sus patitas rosas temblando, rodeados por los palos rotos que antes habían sido una casa.

Corrieron a la seguridad de la casa del tercer cerdito y su hermano los apresuró a entrar. Les ofreció un vaso de leche caliente y unas galletas caseras para tranquilizarlos.

Pueden quedarse aquí dijo amablemente el tercer cerdito mientras sus hermanos tomaban su leche y comían las galletas junto al fuego.

A la noche siguiente, el lobo, muy hambriento, visitó el mismo claro del bosque donde vivían los cerditos. Se dirigió a la única casa que seguía en pie, la de ladrillos.

¡Cerdito, cerdito, abre la puerta y déjame entrar! exigió.

¡No, Lobo Feroz! Ni por todo el oro del mundo te dejo pasar respondió el tercer cerdito.

¡Con que esas tenemos! dijo el lobo, preparándose con su mayor soplido para derribar la casa. Sopló y sopló. Sopló y sopló. Pero nada.

Muy pronto, el lobo se quedó sin aliento, y no tardó en darse cuenta de que era imposible derribar la casa de ladrillos. Era sólida como una roca, y todos sus soplidos eran inútiles.

El lobo, cada vez más hambriento, cansado y malhumorado, se dio por vencido y caminó hacia el bosque en busca de comida.

Protegidos de cualquier peligro, los dos cerditos agradecieron a su sabio hermano por permitirles refugiarse en su casa de ladrillos.

Tu esfuerzo nos ha salvado del lobo feroz dijeron a coro.

Prometieron que la próxima vez que se dispusieran a construir sus casas trabajarían duro y las harían tan fuertes como la casa de su hermano.
Se dieron cuenta de que un poco de esfuerzo extra merecía la pena al final.

La próxima vez que salgas a la calle, busca tres casitas de ladrillo seguidas una de otra. ¡Podrás adivinar quién vive dentro!

Enfagrow PREMIUM PROMENTAL

FIN